

EL FÍGARRO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 28 DE ABRIL DE 1895

Num 3.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

Medallas

I.

JOSEFINA SAGRERA

Es su rostro de azucena cándida y virginal, y sus labios rojos y diminutos, se entreabren como un botón de rosa, al calor de un rayo de sol primaveral.

—¡Qué manecitas de lirios! Hechas son, para que deshojen margaritas, pensando en el Amor que abre las rosas de las almas y esponja los frescos lirios de los sueños.

—¡Qué cuerpo de formas tan exquisitas! Va la joven princesa, bajo un regio *plafond* de damasco ocre. Sus pies breves, estrujan flores y rompen perlas. Su labio sonríe; su cabello se encrespa al viento suave, y sobre sus hombros se arremolina la mota suave y alba de la capa real. El príncipe Azul, va en busca de Brocelianda, en la era feliz del Abril.

Su voz posee no se qué ritmo delicioso. Parece que ritma las palabras y que tiene dejos de sonoridades celestiales.

Y su mirada, retozona y soñadora, hace pensar en las diosas de los poemas orientales.

II.

CLARA CASTRO.

Su hermoso talante, sus formas esculturales, serían la desesperación de un artista. Depondría, vencido ante el despotismo de tal modelo, sus cinceles creadores.

Clara Castro es de las bellezas que subyugan; que vencen con la fuerza irresistible de su gracia amable y de su modestia.

Su fisonomía es afable y severa. Las líneas de su rostro, puras y exquisitas.

Carolus Durand, el mimado de París, el dibujante de lápiz maestro, hallaría en Clara Castro uno de sus tipos tan buscados.

Es de una belleza aristocrática. En sus movimientos todos se nota la distinción suprema y el aplomo de la señorita que sabe cómo se lleva bien, prendido al corpiño, un ramo de violetas azules, y cómo da el toque de victoria el abanico de plumas.

CONDE PAÚL.

Ella

GLORIA es su nombre. Hermosa, encantadora, llega hasta lo ideal por ser divina; Su mirar es un astro que fascina, Su sonrisa es un cielo que enamora.

Pasa, y siento en mi sér algo de aurora, Destellos de una lumbre diamantina; La sigo, y su belleza peregrina Se burla del amor que me devora.

Esquiva ante mi súplica ferviente, Huye y desaparece entre esplendores, Envuelta en su ropaje refulgente.

He olvidado por ella otros amores, Y ella no ha de tener para mi frente Guirnaldas hechas de fragantes flores.

ISAÍAS GAMBOA.

Saetas

A CARMEN GOMAR

Para tí, virgen humana, azucena de carne: la plegaria.

De rodillas, veo como pasas, entre liras, entre versos, entre rosas, y mi labio profano murmura el *Ave María* á tu belleza insuperable.

A ELVIRA CASTRO

Escoja Ud. princesa, entre estas flores la que más le guste. ¿El lirio? ¿La verbena? ¿La violeta? ¿La gardenia?

No! Para Ud., traigo en mi cesto, un asfodelo y una camelia blanca.

CONDE PAÚL



Salmo de vida

Abril, el heraldo gentil de la primavera, toca ya con sus dedos invisibles en los cristales de nuestros balcones. Ha llegado con él, el verdor fresco y glorioso para los campos; para los rosales tristes, las rosas joviales; para los naranjos hojosos, la alegría de los azahares; para los nidos abandonados, la nidada alborotadora; y para el alero blanco y la cruz verde de la iglesia del pueblo, trae la bandada de golondrinas grises y la turba de gorriones tornasoles.

Salve, Abril!

En mi modesto jardín, principian ya las salvas de las flores, la lucha del color, el torneo de la luz. Está de fiesta mi pedazo de montaña. Llegó ya la alegría. Cantan los pájaros, rondan las mariposas, perfuman las flores mil y el cielo encapota su traje azul y derrama lluvia benéfica que refresca los botones cerrados y deja en las hojas tiernas collares de diamantes irizados, como formados para el cuello lírico de una diosa.

Pobres golondrinas! Volvéis ya de vuestro largo viaje! Volvéis, tal vez cansadas de vuestras correrías. Descansad. En el alero de mi casita blanca, están intactos vuestros nidos, que abandonasteis. Ninguna mano ha profanado vuestros sagrados hogares. Tornad! Vuestra algazara á la hora del alba, falta me hace: falta me hace, á la hora en que el broche de la luz se cierra con el último vago reflejo del crepúsculo, ver las fantasías vistosas que formáis, revolando, antes de recogeros! Tornad, amigas mías!

Primavera llegó ya. Abril teje sus coronas de mirthos, sus guirnaldas de violetas, y alfombra de rosas el camino por donde debe llegar, lírico y albo, radioso y puro, Mayo, el mes de María, el mes blanco y místico, el mes de los poetas enfermos y de las vírgenes muertas.

ARTURO A. AMBROGI.

En el campo—Abril—1895.

Teatro

Ya se publicó el *Elenco* de la Compañía Española de drama y zarzuela, que trabajará en nuestro Teatro. Está ya aquí todo el personal, procedente de Guatemala, donde estuvo trabajando, en unión de la Compañía de Ópera Popular Alba, que ha partido para Costa-Rica.

Nos alegramos de corazón. A falta de Ópera, bueno es el drama, la comedia, la zarzuela chispeante.

Vayan ya nuestros lectores preparándose. La Compañía debutará, lo más tarde el martes 30 de este mes. Dará la apludida comedia de Sardau, *Divorsiémonos* y la zarzuela *Chateau Magaux*.

Gente de pluma

Para "El Figaro"

Quién sabe si Cuba sea uno de los países Hispano-Latinos que tenga más escritores. Pero qué discordia! La semilla de la política florece hasta en las Artes. Acaba de morir un poeta, Faustino Dies Gaviño, que odiaba á muerte á todos los cubanos, condición indispensable para ser buen español.

Después vienen en número crecido los admiradores de esa literatura sonsa y clownesca que inunda en España revistas y libros. Estos buenos chicos parodian exquisita y ridículamente á los *chicos* de Madrid: usan como ellos sombrero de copa y lentes, y no llevan capa, por temor á una insolación, que, si no, el rebozo cubriría sus caras adornadas todas á lo Vital Aza. Estos son críticos menudos, tontos é insalubres.

El grupo que sigue paso á paso, la moderna y maravillosa literatura que en Francia y América cultiva con gran sentimiento de los clásicos polvorientos, es bien corto; apenas son seis ó siete: todos colocan á Julián del Casal, en el pedestal del maestro, y todos los recuerdos inciensan al que, como dijo Valdivia, "duerme sueño eterno en su cripta de mármol y vive vida eterna en sus *Bustos y Rimas*."

Federico y Carlos Uhrbach, son los que más han imitado al Poeta, sin caer jamás en la índole de plagiarios; ellos cultivan ideas originales y cincelan estrofas henchidas de frases nuevas, donde el ritmo, siempre el ritmo, los pauta en una música nueva, armónica, exótica.

Estos jóvenes—veinte y uno y veintidós años—hacen vida monacal. Jamás se aturden en el remolino de lo mundano, sino que sueñan con algo puro, con algo místico. Nota: toman ajeno, y no se inyectan con morfina, porque aquí no se vende esa droga sin receta.

Aniceto Valdivia es el más fecundo de los escritores cubanos, y el más brillante, pese á sus miles de enemigos. *Conde Kostia* en *La Lucha*, traduce diariamente un cuento francés, teje una crónica sobre teatros y tiene que llenar una ó dos columnas con chascarrillos, recetas de cocina, ecos de moda. Escribe folletines dominicales en *El País*, una reseña literaria en la *Revista Cubana*, y siluetas para *El Hogar*, *El Figaro*, *La Habana Elegante*, *Arte y Gris y Azul*.

Ha leído mucho, muchísimo. Confesado por él mismo, en febrero de este año, lee aun los cuadernos de *Revue de Deux Mondes* del año pasado. Su prosa está llena de tornasoles y policromas imágenes. Es un buen pernasiano. Adora á los franceses, y no conoce la literatura española. Nota: Casado y con dos hijos.

Después de Valdivia, el que más ha leído en Cuba, desde las obras de Villiers de l'Isle Adam, hasta las rimas de Mallarmé, es Eulogio Horta, inteligente escritor; pero muy perezoso. Ha pasado su vida de joven en París, solamente tiene veinte y ocho años, y conoce á trato íntimo á Paul Verlaine y á Stanilas de Guaita. De este último es un gran amigo.

Nota: Pertenece á la religión budhista y hace suertes de prestidigitación.

Bonifacio Byrne, es un exquisito poeta. Genial, é inspirado. Adorador de Richepin y de Edgardo Poe, su primer volumen de versos—*Excéntricas*—se lo dedicó á Luzbel y en él les versaba á las brujas, al diablo, á los muertos...

Vive en Matanzas, en donde escribe gacetillas para un periódico diario y tiene ocho hijos. Pero es un poeta.

En la misma ciudad de Matanzas, vive Manuel S. Carballo, majestuoso é incorrecto bardo, idéntico en imágenes á S. Díaz Mirón. Sus poesías las dedica á la guerra, á Nerón. Es un poeta hecho para domeñar las hienas de la Hircania, y forjar lorigas y guanteletes para los guerreros cruzados.

Enrique Hernández Miyares, es un escritor de alma y corazón. Tiene por Casal, un culto, y y á él le dedica todos sus trabajos. Dirige *La Habana Elegante*. Empezó trabajando para el decadentismo; pero los críticos de aquí le han atemorizado tanto que hoy casi le odia.... Nota: Es elegantísimo, como Paúl Bourget.

Diego Vicente Tejera nos lo ha mandado París, enfermo y achacoso; pero conservando en sus estrofas el léxico espléndido de su juventud. Se ha dedicado á las cuentas y nutre semanalmente dos ó tres publicaciones.

José Francisco Piedra comienza su vida literaria. Exhuberante en sus estrofas, es un paladín de la literatura moderna. Escribe poco, muy poco... y bebe mucho ajenjo.

Juanita Borrero es casi una niña, soñadora. Sus versos van repletos de tristuras. Adorada por el poeta Casal, ella le consagra un culto. Jamás sale de su casa, donde tiene el santuario de su misa. Nota: Es una gran pintora.

Nieves Xenes es la más espiritual de nuestras poetisas. Su musa pleitea con su nombre. Sus rimas son ardientes y llenas de vigor y varonilidad.

Nicolás Heredia—novelista—Wen Galves—crítico—Villoch—cuentista—... y que se yó si entre nosotros tenemos á más de mil escritores..... hay sus lagunas!

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

En un álbum

¡Oh, cuán feliz el colibrí engañado
Que, tu boca juzgándola clavel,
Agite en ella sus alitas trémulas,
Pique... y saque la miel.

ISAÍAS GAMBOA

El artista de hoy

Henri Mürger escribió una deliciosa narración impregnada de dulce poesía: *La vida bohemia*. Mürger cuenta en estilo conmovedor, las aventuras de tres muchachos que se lanzaron á la buena de Dios, en la agitada vida de París, buscando gloria, posición y dinero.

El tipo de estos bohemios, en la época en que el libro fué escrito, era muy común. Todos los que en nuestras mocedades hemos devorado las obras que produjo el ardor romántico en Francia, conservamos estereotipada entre los recuerdos más frescos, la imagen de un joven de rostro pálido, ojos de profunda ternura, alborotada y abundante melena y largo y ajustado levitón: en una mano sostiene de la falda una sorbetera, en actitud de saludar á alguien, y en la otra lleva un rollo de papeles á manera de cetro. No hay más que evocar memorias de cosas idas, para que aparezca en nuestros sueños ese tipo de bohemio. Es el novelista, es el dramaturgo, es el poeta que nos ha legado la revolucionaria generación francesa de 1830. Es el mismo joven de las "Confidencias" de Lamartine, es el desesperado de la "Confesión de un hijo del siglo" de Musset, es el "Marius" de Víctor Hugo.

Y no cabe duda que este romántico personaje, que llora en la sublime "Noche de Diciembre" y ríe en la "Vida Bohemia," nos encanta aún y subyuga nuestra imaginación, porque dentro de su fantástica envoltura hay mucho de verdadero y humano.

Pero lo cierto es que en el estado actual de nuestra sociedad, en medio de esta constante marea de progreso y orden, dentro de este círculo de realidad que se ensancha cada vez con mayor empuje, el romántico de 1830 es un ente ridículo. Y sin embargo, la manía de la palidez demacrada, de la melena, del levitón extravagante, tiene aquí sus adelantos. Amigos míos hay que toman ajenjo por imitar al cantor de "Rolla," que se intoxican con malos alcoholes á falta de buen *hatchis*, y evocan la sombra de su musa, puestos en la estatuaría actitud de los *brahmanes*.

No obstante, lo perjudicial, lo nocivo no está en esas manifestaciones románticas, sino en la creencia, que aún tienen algunos de nuestros jóvenes poetas, de que el arte es un algo divino que infunde el cielo á los seres privilegiados, los cuales bien pueden esperar á que flote sobre sus cabezas esa llama, sin necesidad de estudiar nada, ni de conocer el idioma, ni tan siquiera de haber leído obras que desarrollen sus facultades.

Preciso se hace que nuestra juventud se convenza de que el artista no es un profeta analfabético, que obedece á una revelación; es necesario que así mismo se persuada de que tampoco debe ser un holgazán, que entre holgorios y disipaciones, escribe obras maestras ó pinta cuadros inmortales.

La época actual no se presta ya á estas comedias vívidas.

Zola, comentando una opinión de Balzac, escribe enérgicamente combatiendo ese vicio de

romanticismo que todavía tiene adeptos entre nuestros jóvenes literatos.

El inmortal autor de la "Comedia Humana," escribió lo siguiente, acerca del artista, en 1830.

"Obra bajo el imperio de ciertas circunstancias cuya reunión es un misterio. No se pertenece. Es juguete de una fuerza eminentemente caprichosa. Tal día, sin que él lo sepa, sopla un viento y todo se relaja. Ni por millones tocaría su pincel, modelaría un trozo de cera, ó escribiría una línea Una noche, en medio de la calle, una mañana al levantarse, ó en el seno de una alegre orgía, acierta un carbón encendido á tocar ese cráneo, esas manos, esa lengua; de pronto una palabra despierta las ideas, que nacen, crecen, fermentan . . . Tal es el artista; humilde instrumento de una voluntad despótica, obedece á su amo. Cuando se le cree libre, es esclavo; cuando se le ve agitarse, abandonarse á los arrebatos de sus locuras ó de sus placeres, carece de poder y voluntad, está muerto. Perpetua antítesis que se encuentra así en la majestad de su poder, como en la nada de su vida, es siempre un dios ó siempre un cadáver."

Y Zola responde á esta lucubración brillante, con estos acentos de verdad y de ironía:

"Hoy nos hacen sonreír esas cosas. Toda una época está ahí: la *alegre orgía*, el *carbón encendido*, la antítesis del dios y del cadáver, delatan claramente la fecha de ese trozo. Se creía entonces que los artistas, pintores, poetas, novelistas, abrían la ventana á la inspiración, la esperaban como una amante que viene ó no viene, según su capricho de mujer. El genio no se concebía sin el desorden. Se trabajaba al fragor del trueno, en medio de las llamas de bengala de una apoteosis, con el pelo erizado por la tensión cerebral, cediendo á un furor de pitonisa visitada por un dios. Estas actitudes líricas no están ya de moda, y hoy apenas creemos más que en el trabajo; el porvenir es de las personas laboriosas que se sientan todas las mañanas delante de su mesa, sin otra cosa que la fe en el estudio y su voluntad. Notad que nada había más desastroso para los escritores jóvenes, que esta teoría de la inspiración, que hacía de un autor un tabernáculo inconsciente, donde el dios habitaba por accidente de tarde en tarde, y sin regularidad. Entonces, ¿á qué el trabajo, la energía, la continuidad del esfuerzo? ¿Cuánto mejor vivir en la *alegre orgía*, esperando la abrasadura del carbón divino! Yo he conocido jóvenes del cortejo romántico, llenos de menosprecio por nuestro trabajo regular, por ese arrastre de la inteligencia, por esta faena en que se doblegan el cuerpo y el pensamiento, y que llaman desdeñosamente faena de albañiles. Somos *épiciers*, es verdad, pero eso precisamente constituye nuestra fuerza y nuestra gloria."

Estas últimas palabras del gran novelista francés, son consoladoras, estimulantes, y constituyen el credo de los que en la presente época trabajan y estudian para conseguir lo que en los tiempos de Henry Mürger se buscaba en las *orgías alegres* y con las ventanas abiertas.

LUIS G. URBINA

Arboles viejos

Para "El Fígaro"

Hasta el árbol tronchado en el camino,
sin hojas y sin frutos y sin flores,
puede prestar asiento á los pastores
y un báculo prestar al peregrino. . . .

Así el anciano de experiencia y tino,
consejos da que evitan sinsabores;
y sin savia, ni aromas, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino. . . .

¡Oh labrador! Escucha mi consejo:
te debes resistir cual me resisto
á cortar ramas aunque estén desnudas;

porque puede salir de un árbol viejo
quizás la Cruz en que sucumba un Cristo,
quizás la rama en que se cuelgue un Judas!

JOSÉ CHOCANO.

Vespertino

I.

Agoniza la luz. Sobre los verdes
Montes alzados entre brumas grises,
Parpadea el lucero de la tarde
Cual la pupila de doliente virgen
En la hora final. El firmamento
Que se despoja de brillantes tintes
Aseméjase á un ópalo grandioso
Engastado en los negros arrecifes
De la playa desierta. Hasta la arena
Se va poniendo negra. La onda gime
Por la muerte del sol y se adormece
Lanzando al viento sus clamores tristes

II.

En un jardín, las aureas mariposas
Embriagadas están por los sutiles
Aromas de los cálices abiertos
Que el sol espolvorea de rubíes,
Esmeraldas, topacios, amatistas
Y zafiros. Encajes invisibles
Extienden en silencio las arañas
Por las ramas nudosas de las vides
Cuajadas de racimos. Aletean
Los flamencos rosados que se irguen
Después de picotear las fresas rojas
Nacidas entre pálidos jazmines.
Graznan los pavos reales.

Y en un banco
De mármoles bruñidos, que recibe
La sombra de los árboles coposos,
Un joven soñador está muy triste,
Viendo que él aura arroja en un estanque
Jaspeado de metálicos matices,
Los pétalos fragantes de los lirios
Y las plumas sedosas de los cisnes.

JULIÁN DEL CASAL.

Never more

Aquí, desde la inmensa altura á que he subido en brazos de la Quimera, descubro bien tus antros, oh mundo pervertido! Los que ríen, los que lloran, los que sufren, los que gozan, los esclavos, los verdugos, los magnates y los siervos, los buenos y los malos, todos los seres que forman esa amalgama espantosa que se llama Humanidad, los veo desde aquí empeñados en la lucha desesperada por la existencia. Todos van tras un astro de fulguraciones esplendorosas que brilla allá en la inmensidad azul del cielo. Corren tras él, desesperados, anhelantes, llenos de fé, aspirando á bañarse en su luz.

—¿Cómo se llama ese astro?

—Felicidad!

Pero es imposible! Cuanto más os aproximéis á él, más se alejará de vosotros.....

Y por fin, cuando, cansados del camino, impotentes ya para acercaros á la luz de ese divino astro, tratéis de hacer el último esfuerzo, llegará junto á vosotros un fantasma que os dirá con voz terrible:

Never more!

¡Oh nunca más! Dejad ahí toda esperanza, porque la sentencia es ineludible y viene á cerrar el trágico paréntesis de vuestra marcha por el mundo.

Habéis llegado á los bordes del abismo del no ser.

LUIS LAGOS Y LAGOS.

Collar de Perlas

A José Juan Tablada

Albo collar de perlas cristalinas
En tu cuello se engarza,
Sin un recuerdo al pescador que ufano
Sondeó el mar por buscarlas.

Una á una, pausadas, silenciosas,
A manera de lágrimas,
Han brotado tus ojos soñadores
Las perlas de tu alma.

Descendiendo llegaron á tu seno
Límpidas, bellas, claras,
Y al hallarlo tan pálido, tan frío
Como la nieve, heladas.

A su contacto fueron, como hiela
De la tumba la calma
Al corazón que bajo el mármol duerme
El sueño de la nada!....

JOSÉ FRANCISCO PIEDRA

Helénicas

Tibia y olorosa está el agua en que acabas de bañarte, Lesbia divina. El Amor la ha calentado con su antorcha, y las rosas de tu hermosura han difundido ahí su esencia voluptuosa.

Yo envidio á esas burbujas de irizada espuma, que te miraban á solas, reflejando tu beldad en sus pupilas de fuego.

¿Quieres Olimpia, embriagarme? No me escances el vino. Me bastan tus besos húmedos.

¿Cómo dejas, Silvia inhumana, que ajusticien á ese pobre rapaz insano? Hirióme, en verdad el corazón su leve dardo; mas fuiste tú quien le dijo:—asesta certero, parte la entraña!

Por ahí oigo que te buscan, que te pregonan solícitos tus padres doloridos y tus amantes bur-lados. No salgas de mi pecho, Delia, nõ salgas!

¿Te maravilla, hermosa Cloe, que las candorosasavecillas descendan á picar los sazonados racimos que ha pintado Parrasio, el divino pincel de Efeso, rival de Zeuxis?

Mayor prodigio hicieron los dioses en tus ojos, pues los míos al mirarlos, los toman por luceros.

Al ver que Amor desgarró su seno, su seno izquierdo, acudí é socorrerla: chupé la rósea herida, y, ¡quien lo creyera!; no manaba ponzoña sino mieles.

Del templo vengo, á donde fui á rogar á Venus te haga propicia á mi cariño; y al besar el pie de la diosa, olióme á violetas. Por poco te sorprendo, Mirra: era tu aliento!

Praxiteles y Scopas han recibido de Júpiter el dón de hacer vivir la piedra. Ellos han golpeado el recio Páros, y Venus ha surgido palpitante y amorosa.

Yo soy un pobre artista á quien maldicen los dioses. Yo toco, Alcibia, tu carne viva y vibrante, y á mi contacto ardiente tórnase en mármol.

Baco ha transformado en racimo á la dulce ninfa Estafilea. Imaginándome en sus brazos, yo apuré esta copa en que rebosa el fuego ardiente de sus besos.—¡Coperó! Si acude Lesbia, que no sepa que la engaño. Díle que duermo.

N. BOLET PERAZA

A orillas de Apanteo

(INÉDITA)

I.

Déjame, linfa, que al murmurio suave
De tus cristales me remonte al cielo,
Como se lanza la atrevida nave
Desde la línea equinoccial al hielo.

Déjame, sí, que me transporte solo
A la mansión de la inmortal poesía,
Y ver de allá de este planeta el polo
Y desde allá mirar la suerte mía.

Quiero apartarme de ella y contemplarla
Lejos de mí siquiera por una hora,
Para saber si yo debo adorarla
O aborrecer su luz engañadora.

Quiero mirar mi porvenir en ella
Y sorprenderle su secreto arcano,
Quiero prever si es funeral la huella
Que Dios me traza con su santa mano.

Quiero saber si mi adorada hermosa
Será invariable como yo lo he sido,
O si es mentira la pasión fogosa
Que yo, en sus ojos bellos he leído.

Quiero saber si el horizonte mío
Será luciente como yo quisiera,
O si es de luto, sepulcral, sombrío,
Siendo ya ésta mi canción postrera.

II.

Pero... ¿qué quiero?... ay Dios! una utopía,
Un imposible, una ilusión de loco,
Rasgar el velo de la suerte mía
Cuando sólo al desearlo me sofoco.

Pára tu vuelo, pensamiento mío,
No **alces** altivo tu atrevido orgullo
No quiera, no, tu necio desvarío
Romper el broche á tu infantil capullo.

Es mejor que dirijas tu mirada
Hacia esas aguas que á la flor retratan,
Desde esas nubes que parecen nada
Hasta esos claros que la luz desatan.

Mira esa bella que sus formas baña
Llena su mano con la blanca espuma,
Cómo parece que se muestra huraña
Con los halagos de la tenue bruma.

Mira, en fin, ese arroyo que contento
Saltando corre entre arcos de esmeralda,
Sin tener ningún cruel remordimiento,
A ofrecer al Oceano una guirnalda.

Y así también tú debes contentarte
Con recorrer tranquilo de esta vida
El camino que Dios quiera trazarte
Para alcanzar tu dicha prometida.

ANTONIO GUEVARA VALDÉS

Notas sobre el Parnaso contemporáneo

El primer poeta cuyo nombre viene á mi memoria cada vez que pienso en el *Parnaso contemporáneo*, es Albert Clatigny.—Me figuro verle entrar en París por la puerta de los desamparados, con las faltriqueras vírgenes de dinero y los labios llenos de estrofas en flor.—Su aspecto—según dice un cronista del año de 1855—no tenía ningún punto de contacto con el aspecto de esos provincianos que abandonan la casa paterna decididos á conquistar el orbe. Más que un guerrero de la lucha por la existencia en busca de minas de gloria, parecía un peregrino del Arte que se encaminaba hacia la Ciudad Santa con paso desinteresado. Así, al encontrarse en ella, no quiso buscar el apoyo de los hombres á la moda, sino que le entregó el manuscrito de sus poemas á un artista casi tan pobre como él, diciéndole:

“Hé aquí los versos que en la vida—he hecho al hasar de los caminos,—así como otros beben el agua de los manantiales—en el hueco ardiente de la mano.”

Sus primeros versos fueron publicados, gracias á un editor inteligente, con el título general de: *Viñas Locas*. Los artistas los leyeron y los encontraron admirables; pero el gran público no hizo caso de ellos. Clatigny se convenció al fin de que el oficio de poeta suele ser un mal oficio en París, y volvió á marcharse con su miseria de riquezas humanas y con su opulencia de riquezas divinas, en busca de ese pan provinciano que es, para los artistas jóvenes, algo así como el pan del destierro.

Llegó á Amiens. Un empresario de teatros foráneos ofrecióle en su *troupe* un puesto de “segundo galán.” El aceptó para no morir de hambre; y fué, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de villorrio en villorrio, recitando las estrofas de mil poetas malos, para divertir á las hijas de los alcaldes y á las sobriñas de los curas. Una noche, durante la representación de cierto melodrama muy tonto de Scribe, Clatigny se propuso impresionar agradablemente á sus auditores, y en vez de recitar los versos que le correspondían según el reparto, dijo un soneto magistral cuyo asunto se amoldaba perfectamente á la circunstancia escénica; mas apenas había **llegado** al séptimo verso, cuando los silbidos del público le helaron la voz en la garganta y le llenaron de lágrimas los ojos. Al verle llorar, uno de sus compañeros le dijo: “No seas tan sensible, porque tendrás que morirte de pena. Esto sucede muy á menudo en provincia. Nosotros ya estamos acostumbrados. Tú también has de acostumbrarte”.

Y en efecto, él también se acostumbró al cabo de poco tiempo. Tanto es así, que cuando cinco años más tarde tuvo un duelo á pistola en

A orillas de Apanteo

(INÉDITA)

I.

Déjame, linfa, que al murmurio suave
De tus cristales me remonte al cielo,
Como se lanza la atrevida nave
Desde la línea equinoccial al hielo.

Déjame, sí, que me transporte solo
A la mansión de la inmortal poesía,
Y ver de allá de este planeta el polo
Y desde allá mirar la suerte mía.

Quiero apartarme de ella y contemplarla
Lejos de mí siquiera por una hora,
Para saber si yo debo adorarla
O aborrecer su luz engañadora.

Quiero mirar mi porvenir en ella
Y sorprenderle su secreto arcano,
Quiero prever si es funeral la huella
Que Dios me traza con su santa mano.

Quiero saber si mi adorada hermosa
Será invariable como yo lo he sido,
O si es mentira la pasión fogosa
Que yo, en sus ojos bellos he leído.

Quiero saber si el horizonte mío
Será luciente como yo quisiera,
O si es de luto, sepulcral, sombrío,
Siendo ya ésta mi canción postrera.

II.

Pero... ¿qué quiero?... ay Dios! una utopía,
Un imposible, una ilusión de loco,
Rasgar el velo de la suerte mía
Cuando sólo al desearlo me sofoco.

Pára tu vuelo, pensamiento mío,
No ~~alces~~ altivo tu atrevido orgullo
No quiera, no, tu necio desvarío
Romper el broche á tu infautil capullo.

Es mejor que dirijas tu mirada
Hacia esas aguas que á la flor retratan,
Desde esas nubes que parecen nada
Hasta esos claros que la luz desatan.

Mira esa bella que sus formas baña
Llena su mano con la blanca espuma,
Cómo parece que se muestra huraña
Con los halagos de la tenue bruma.

Mira, en fin, ese arroyo que contento
Saltando corre entre arcos de esmeralda,
Sin tener ningún cruel remordimiento,
A ofrecer al Oceano una guirnalda.

Y así también tú debes contentarte
Con recorrer tranquilo de esta vida
El camino que Dios quiera trazarte
Para alcanzar tu dicha prometida.

ANTONIO GUEVARA VALDÉS

Notas sobre el Parnaso contemporáneo

El primer poeta cuyo nombre viene á mi memoria cada vez que pienso en el *Parnaso contemporáneo*, es Albert Clatigny.—Me figuro verle entrar en París por la puerta de los desamparados, con las faltriqueras vírgenes de dinero y los labios llenos de estrofas en flor.—Su aspecto—según dice un cronista del año de 1855—no tenía ningún punto de contacto con el aspecto de esos provincianos que abandonan la casa paterna decididos á conquistar el orbe. Más que un guerrero de la lucha por la existencia en busca de minas de gloria, parecía un peregrino del Arte que se encaminaba hacia la Ciudad Santa con paso desinteresado. Así, al encontrarse en ella, no quiso buscar el apoyo de los hombres á la moda, sino que le entregó el manuscrito de sus poemas á un artista casi tan pobre como él, diciéndole:

“Hé aquí los versos que en la vida—he hecho al hasar de los caminos,—así como otros beben el agua de los manantiales—en el hueco ardiente de la mano.”

Sus primeros versos fueron publicados, gracias á un editor inteligente, con el título general de: *Viñas Locas*. Los artistas los leyeron y los encontraron admirables; pero el gran público no hizo caso de ellos. Glatigny se convenció al fin de que el oficio de poeta suele ser un mal oficio en París, y volvió á marcharse con su miseria de riquezas humanas y con su opulencia de riquezas divinas, en busca de ese pan provinciano que es, para los artistas jóvenes, algo así como el pan del destierro.

Llegó á Amiens. Un empresario de teatros foráneos ofrecióle en su *troupe* un puesto de “segundo galán.” El aceptó para no morir de hambre; y fué, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de villorrio en villorrio, recitando las estrofas de mil poetas malos, para divertir á las hijas de los alcaldes y á las sobriñas de los curas. Una noche, durante la representación de cierto melodrama muy tonto de Scribe, Glatigny se propuso impresionar agradablemente á sus auditores, y en vez de recitar los versos que le correspondían según el reparto, dijo un soneto magistral cuyo asunto se amoldaba perfectamente á la circunstancia escénica; mas apenas había llegado al séptimo verso, cuando los silbidos del público le helaron la voz en la garganta y le llenaron de lágrimas los ojos. Al verle llorar, uno de sus compañeros le dijo: “No seas tan sensible, porque tendrás que morirte de pena. Esto sucede muy á menudo en provincia. Nosotros ya estamos acostumbrados. Tú también has de acostumbrarte”.

Y en efecto, él también se acostumbró al cabo de poco tiempo. Tanto es así, que cuando cinco años más tarde tuvo un duelo á pistola en

Tours, exclamó tristemente, al ver que la bala de su enemigo pasaba zumbando á dos centímetros de su cabeza: “¡En todas partes han de silbar-me!”

Sus amigos de París le respondieron: “No en todas partes, poeta. Mientras el público de las aldeas te insulta y te hace llorar, nosotros aplaudimos con entusiasmo las notas de tu lira. Tus *Viñas Locas* han dejado de ser un libro desconocido para convertirse en el breviario artístico de los poetas jóvenes. Tus amigos tampoco son los pobres bohemios de antaño. El grupo que tú formaste aquí, ha ido creciendo, y hoy casi es una tribu. Ven.”

Glatigny volvió á París, y consiguió, gracias á la protección de su amigo Catulle Mendés que ya entonces comenzaba á ser célebre, un empleo honroso y lucrativo en las oficinas de un gran periódico. Los poetas jóvenes le dieron el título de Gran Artista, y su segunda serie de poemas fue publicada con el título de: *Flechas de Oro*.

En este libro, que ninguno de mis lectores debe de conocer, se encuentra ya en germen toda la poesía parnasiana. Allí hay estrofas vibrantes y puras como el mejor soneto de Heredia; allí hay canciones que hacen pensar en las serenatas de Catulle Mendés á causa de la gracia sutil y penetrante que anima sus estancias; allí hay composiciones tan perfectas, tan sencillas y tan sonoras, que cualquiera podría figurarse, al leerlas, que habían sido compuestas por Coppée “el ingenuo” en colaboración con Silvestre “el magnífico.”

Sin embargo, Glatigny no llegó nunca á ser considerado como el verdadero maestro del Parnaso, á pesar de que sus primeros poemas vieron la luz antes que casi todas las demás obras parnasianas. Catulle Mendés fue el primero en usurparle, sin querer, el puesto de Presidente del Cenáculo. Luego vino la dictadura poética de Leconte de l'Isle, y el autor de *Viñas Locas* hubo de contentarse con un diploma de “miembro fundador.”

Esta injusticia tiene, como casi todas las cosas del mundo, una razón de ser. Los poetas jóvenes de 1860 necesitaban una regla de conducta, y Glatigny no podía proporcionárselas por carecer él mismo de ella. Además, Glatigny estaba completamente desprovisto de majestad personal y de grandeza académica.

Leconte de l'Isle, en cambio, supo decir á tiempo, con voz austera: “el arte debe ser impasible,” y los artistas de veinte años se reunieron á su alrededor exclamando: “Tienes razón, maestro; tu palabra justa nos servirá de norma; tu nombre será, de hoy más, nuestra égida de combate. Nosotros no juraremos más que por ti”.....

Así fue, en efecto.—Desde 1864, el Parnaso no pudo ya jurar sino por el autor de las *Odas*

Bárbaras. La principal preocupación de los que formaban parte de él, consistió en hacer versos exteriormente impecables, é interiormente insignificantes. La fórmula primitiva vióse exagerada por unos y entibiada por otros; pero siempre siguió siendo la base de una estética gracias á cuya estrechez varios poetas que hoy no nos parecen sino “poetas de gran mérito,” llegaron á ser considerados como “genios prodigiosos.”

De lo que entonces se trataba era de regenerar el verso francés que, según la opinión de Charles Morice, había llegado á convertirse, por obra de los románticos, en un “instrumento odioso, hecho de palabras vulgares, de frases tontas y de rimas miserables.” El alma parecía cosa tan secundaria á los parnasianos, que uno de ellos se atrevió á decir: “la Venus de Milo es hermosa porque no tiene alma,” mientras otros hablaban de una Gran Musa que no puede acercarse sino á los hombres cuyos corazones ignoran por completo lo que es el lamento. Y cuando alguien les gritaba: “Todo eso es absurdo,” ellos se defendían con la teoría del Arte por el Arte, confundiendo el Arte con la Forma.

Porque, en realidad, ¿qué es el Arte? Todo lo que conmueve, todo lo que gusta, todo lo que es bello, en fin. ¿Y el Arte por el Arte? Todo lo que, siendo bello se contenta con su propia naturaleza y desdeña la utilidad que la ciencia le brinda.—Pero este Arte está compuesto, lo mismo que los demás organismos vivientes, de cuerpo y de alma. Si le quitan el cuerpo, se convierte en idea invisible; si le quitan el alma, llega á ser materia sin expresión. La teoría del Arte por el Arte, bien comprendida, es muy amplia, y dentro de ella deben caber todos los grandes poemas que no dan reglas fijas para ejercer ningún oficio. Pero comprendida como los parnasianos la comprendieron, pierde gran parte de su intensidad y sólo merece llamarse: la Forma por la Forma; es decir: el Vacío Elegante. Ahora bien, filosóficamente examinada, la idea especial de Leconte de l'Isle podría servirnos para probar de un modo lógico, que la estética parnasiana es una negación de la poesía verdadera, por ser una negación del sentimiento.... Más eso sería ir demasiado lejos. En el fondo los compañeros de Catulle Mendés y de Albet Merat, no fueron tan enemigos de lo Sublime como nosotros nos lo figuramos á veces; pues si sus ideas tienen mucho de antiestéticas por el color, también tienen mucho de artísticas por los matices. Y en literatura nunca deben perderse de vista los matices.

Por otra parte, hay quien asegura “que el árbol de la doctrina no vale sino lo que vale el fruto de la obra,” y en ese caso es preciso confesar que el árbol parnasiano fue excelente.

Más que un árbol fue un arbusto, ó, mejor aún, una planta de adorno cuyas flores han de ser siempre muy apreciadas por los jardineros de antologías. Algunas de ellas carecen de perfume, más casi todas tienen color y líneas.—Esta, por ejemplo, es una magnífica amapola que creció en la maceta de Heredia:

“Le choc avait été très rude. Les tribuns
Et les centurions, ralliant les cohortes,
Humaient encor dans l'air ou vibraient leurs voix fortes
La chaleur du carnage et ses âcres parfums.

D'un œil morne, comptant leurs compagnons defunts,
Les soldats regardaient, comme des feuilles morts,
Au loin, tourbillonner les archers de Phraortes;
Et la sueur coulait de leurs visages bruns,

C'est alors qu'apparut, tout hérissé de flèches,
Rouge du flux vermeil de ses blessures fraîches,
Sous la pourpre flottante et l'airain rutilant

Au fracas des buccins qui sonnaient leur fanfare,
Superbe maitrisant son cheval qui s'effare,
Sur le ciel enflamé, l'Imperator sanglant.”

Esta otra es una violeta cultivada por Catulle Mendés:

“Qui frappe au balcon? moi, personne,
L'enfant né de rois inconnus,
Qui dort nu-tête et court pieds nus
De ce qui brille à ce qui sonne.

Que me veut-il? Ils sont venus,
Sa guitare el lui, de Solsonne,
Cœur qui tremble et bois qui frissonne,
Vous chanter des vers ingénus.

La chanson est-elle jolie?
Elle pleure; l'air est ancien
Et triste jusqu'à la folie.

Porquoi donc ce musicien
Pleure-t-il? c'est dona Clélie,
Pour ton plaisir, et pour le sien.”

Y á esta otra ¿qué nombre darle? Es de León Valade, y es encantadora:

“C'est parce qu'elle était petite
Et charmante fragilement,
Qu'elle m'eut encore plus vite
Pour esclave que pour amant.

C'est que j'étais si grand pour elle,
Qu'abrégean l'espace entre nous,
Mon attitude naturelle
Était de vivre à ses genoux.

C'est qu'amoureux de sa faiblesse,
J'aimais à prendre dans mes mains
Ses petits pieds que marcher blesse,
N'étant pas faits pour nos chemins.

C'est qu'en mes bras serrant sans peine
Celle que je nommais mon bien,
J'avais, plus facile et plus pleine,
L'illusion qu'il était mien. . . .

Et c'est aussi que son caprice
Mettait tant de flamme à ses yeux,
Qu'il fallait bien que je le prisse
Ainsi qu'un ordre impérieux.

C'est qu'à la fois enfant et femme
Orgueilleuse sous ses dehors
Si frêles! elle avait dans l'âme
L'indomptable fierté des forts.”

. . . . Y así pudieran citarse hasta cien flores
poéticas cuyas gracias delicadas nos harían fácilmente
olvidar la mezquindad de la planta doctrinaria
que las produjo.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Pecadora

Bajo tu planta brotan las flores
de los placeres, y en tus cabellos
bullen alegres, cual ilusiones,
las rubias luces de un sol de Enero.

Van los ensueños en tu faz regia
fingiendo glorias de los albores,
y en la azul vena la sangre entona
de amor y vida rojas canciones.

¡Oh! cómo es suave tu busto griego!
Y cómo esplenden tus negros ojos
cuando la roja luz de un deseo
sube en oleadas hacia tu rostro!

Se escuchan ritmos de un verso ardiente
cuando la gloria de tus hechizos
y los incendios de tus sonrojos
ocultas riendo con tu abanico.

Si **cyes** las frases apasionadas
de esa tu corte de áureos galanes,
á los que inflaman las desnudeces
regias que emergen del níveo traje.

Vuelan aromas embriagadores
cuando en la fiesta besas la copa
con esos labios donde el champaña
de tus caricias brilla y rebosa.

Suena la orquesta! Sus voluptuosas
notas estallan. Semejan frescos
botones rojos que se desfloran
sobre las rubias alas de un sueño.

En esa orgía de luz te lanzas
ebria tu sangre por los deseos
y entre los brazos que te acarician
sueñas amores y sueñas besos.

En el **ambiente** flota el aroma
suave **en** que bañas tu carne tibia,
y en **tanto** bailas, tu hermoso busto
cincela versos de extraña rima.

Eres la reina de los placeres!
La pecadora que jura y reza,
y en las doradas noches de orgía
la flor del vicio sonriente besa.

FELIPE VALDERRAMA.

Imprenta Nacional